

Germán Amézaga, Carlos. *Por las salas oscuras*. Lima: Caja Negra. 2016. pp. 140.

El fenómeno literario, a pesar de los agoreros que hace por lo menos siglo y medio vaticinan su desaparición, no cesa de crecer y multiplicarse, de diversificarse y de convocar a nuevos lectores. Una de estas áreas que llama poderosamente la atención es lo que se llama, la literatura del yo, escrita siempre en primera persona y variada en su interior. Leemos autobiografías, carnets, testimonios, correspondencias, diarios. En algunos casos, como en el de Arthur Koestler, la precisión de la prosa, la naturaleza de los temas, la originalidad del tratamiento, es de tal nivel y profundidad, que convierten al texto en un clásico. En el caso de la tradición literaria peruana, sin duda, un caso paradigmático es el de Julio Ramón Ribeyro, quien a través de sus carnets, recogidos como *Prosas apátridas*, sus diarios y su correspondencia con su hermano Juan Antonio, testimonian la naturaleza de su propio yo, desprovista de afeites y adornos de cualquier índole. Por la orilla del minimalismo, nuestro célebre cuentista, logro insospechados efectos sobre miles de lectores que lo siguen leyendo con unción como otrora.

En el libro que ahora tenemos en las manos Carlos Germán Amézaga, conocido en el mundo literario peruano por sus incursiones en la literatura infantil y por su pasión por la literatura de que ahora se llama la microficción, nos invita, con las galas de la autobiografía, a hacer un viaje a través del tiempo por una desaforada pasión que muchos compartimos, la afición por el cine y a todo ese mundo de fantasía que mezcla directores, actores, películas, espectadores, antiguas salas de cinematógrafo. De la mano con su prosa precisa y al calor de sus

evocaciones recordamos nuestras propias experiencias en las plateas y mezzanines, en las propias cazuelas de la infancia. Ha de saberse que “Matinée, Vermouth y Noche”, el título del libro, eran los nombres que tenían las funciones de cine en todo el territorio nacional y esos nombres señalaban las horas de las funciones. Nunca nadie supo explicar a ciencia cierta por qué “matinée” que en francés significa “la mañana” pasó como préstamo al español del Perú con el significado de “tarde”, y más precisamente en el argot cinematográfico, a “función de la tarde”. “Matinée” era la función de la tarde, todos lo sabíamos en los años setenta del pasado siglo, y nadie entraba en duda. La *matinée*, era a las 3.30. La siguiente función era la “*vermouth*”, al empezar la noche. Originalmente en Francia el “*vermouth*”, que también podía escribirse sin “h”, era infusión de ajeno en vino blanco. Asumo la teoría de que función de cine a la hora del *vermouth*, puede llamarse como ese coctel. Todas estas son reflexiones de hoy día. Nadie en el pasado siglo se preguntaba por el origen de estas palabras, se aprendían como todas las demás, parecían naturales.

Carlos Germán Amézaga, en este libro que puede llamarse de aprendizaje de la vida a través del cine, nos ofrece tres mundos que entrecruzan sus hebras hasta formar un mismo tapiz. Por un lado nos habla de sí mismo, de su mundo familiar y amical, donde destaca la tía Tula, que evoca al personaje de Miguel de Unamuno, y que tiene el hábito de asistir a todas las películas que puede y a guardar memoria de ese disfrute a través de detalladas precisiones en un diario. No hay que ser adivinos para saber que ese es el remoto origen del libro que tenemos entre manos. De otro lado nos da detallado informe de lo que ocurre en el mundo en el plano político mientras él asiste a las salas de cine y admira a actrices como Laura Antoniolli o Isabel Adjani o a directores como Truffaut, Woody Allen o Fellini. Los lectores longevos

pueden recordarlo y los más jóvenes saberlo gracias a la prosa de Carlos Germán Amézaga, que en la segunda mitad del siglo XX las funciones de cine que como queda dicho se daban en *matiné*, *vermouth* o noche, se ofrecían en cines de distinta categoría, unos eran llamados de estreno y otros de barrio. Los primeros eran de precios más altos y dividían la sala en platea y *mezzanini*. Allí acudían las familias más pudientes. Los cines de barrio tenía platea, platea alta y cazuela. La cazuela, más alta y lejana y más barata se llenaba de los muchachos de barrio que juntaban sus propinas para poder asistir a la funciones. Precisamente ingresar a la cazuela siendo menores a una función de mayores era algo apetecido por los jóvenes. Nuestro autor, del barrio de Pueblo Libre en Lima, frecuentaba los cines Florida, Ídolo que era de estreno, el Brasil y el Broadway, que quedaban en Magdalena del Mar. En uno de esos cines de barrio ocurrió algo insólito en la cazuela. Apareció la policía y empezó a indagar sobre la edad de los muchachos. Todos mentían y como no tenían documentos fueron llevados sin dilación a la comisaría en el camión policial conocido como “caimán” con el susto correspondiente para cada uno de ellos. Como no había falta que señalasen los reglamentos con claridad, salvo ingresar a un film para adultos siendo menores, después de una suave reprimenda, los detenidos recuperaron su libertad y pudieron regresar a sus casas. Todo fue tan rápido que no hubo sanción familiar ni segundo sermón. El secreto del ingreso estaba en la lenidad de los controladores que cedían a la curiosidad infantil por ver cosas de mayores si portaban golosinas y bebidas adquiridas en el local. Es curioso cómo el libro, que tiene también algo de registro judicial, al dar noticia del número de películas que el autor ve a lo largo de cada año, nos va ofreciendo datos específicos sobre la maduración personal. En los primeros tiempos, el número de películas sobre las que se da noticia, es

reducido, conforme van pasando los años, este número aumenta, pero luego disminuye en el momento del ingreso a la universidad, luego aumenta ligeramente y se estabiliza, para disminuir otra vez cuando el autor se convierte en diplomático y viaja por el mundo. Y aunque se informa sobre las películas vistas en el extranjero, en su mayor porción, el libro entero es sobre cine visto en la ciudad de Lima. Unas líneas particularmente emotivas son las del final cuando el autor comienza a frecuentar las salas oscuras con su hijo Adriano.

Algo para distinguir es la formación del gusto por el cine del joven Carlos Germán es la importancia de las funciones de cine club como una fuente de conocimiento de lo mejor del cine mundial. El texto nos detalla cómo y en que circunstancia el autor vio tal o cual film dirigido por quién, con la presencia de qué actores.

Miguel de Unamuno hablaba de la intrahistoria, las historias individuales que hacen de los pueblos algo más que la historia de sus gobernantes y de los conflictos entre países. Los historiadores señalan la importancia de las instituciones. Libros como este de Carlos Germán Amézaga, centran su atención en el individuo y de sus pasiones, en este caso, una pasión, la del cine. Gracias a los miles de espectadores que el cine convoca en el Perú asistimos ahora a un gran florecimiento del arte cinematográfico en el país, con nuevas películas, diferentes directores, grandes actores, actrices de mucho nivel. Agazapados con Carlos Germán Amézaga en la oscuridad de una sala, no hacemos sino felicitarnos por el auge del nuevo cine en el Perú. (Marco Martos Carrera)